

Sara Ahmed

---

## FATALISMO QUEER

El fatalismo es la creencia de que los eventos son inevitables o están predeterminados. Mediante la idea de “fatalismo queer” no me estoy refiriendo a esta creencia sino al supuesto de que ser queer significa precipitarse a un destino miserable. El fatalismo queer es cómo se explica y cómo se presenta como inevitable una muerte queer. Las muertes queer se enmarcan a menudo como una consecuencia de lo queer; fatalismo queer = queer como algo fatal, letal. Por queer aquí entiendo algo más que “lesbiana” o “gay” pese a que queer incluye a aquellas “reinas tristes y aburridas y aquellas bolleras que han sufrido a lo largo de su vida y pueblan los archivos históricos”, tal y como Heather Love las describe en su relevante trabajo sobre la pérdida y la historia queer (2007: 32).<sup>1</sup> Queer se referiría a aquellas personas<sup>2</sup> que reclaman lo queer, aquellas que reclaman el mismo término que se les ha arrojado como un insulto; aquellas que se niegan a avergonzarse por la vergüenza que supuestamente han atraído sobre sí; por la vergüenza que han hecho sentir a otras personas.

Queer: no avergonzarte de ti misma cuando otras se avergüenzan de ti.

Queer: cómo puedes construir una vida con lo que te niegas a no ser.

Pensemos en cómo mueren las personas queer conocidas públicamente, las que están fuera del armario —podemos pensar en George Michael—, en cuán rápidamente estas muertes se enmarcan en el fatalismo queer. Las imágenes de sus

---

<sup>1</sup> N. de la T. Las obras citadas por Sara Ahmed en este artículo no cuentan con traducción al español. Por tanto, las citas que se incluyen son traducción propia. Se puede encontrar una bibliografía con los títulos citados al final del artículo.

<sup>2</sup> N. de la T. La obra de Sara Ahmed está atravesada por una crítica al binarismo de género y, por tanto, se ha escogido evitar la “a” siempre que sea posible, en la traducción de sus textos. Si bien el uso de la grafía “x” o la “e” está extendido en los estudios de género y en las prácticas (trans)feministas, con el fin de facilitar la lectura y debido a la proliferación de referencias personales y adjetivos en el texto, y como medida provisional —no exenta de dudas y cuestionamiento político sobre su adecuación—, se ha empleado la “a”, pretendiendo que esté siempre en referencia al término “persona” o al femenino genérico.

muertes, tal vez de sus últimos días, o las palabras que se emplean para describir sus vidas, palabras que se toman de los casos abiertos contra ellas por cómo vivieron su vida, por cómo tuvieron sexo, por cómo no tuvieron sexo; esas imágenes y palabras son los *materiales* del fatalismo queer; esas palabras e imágenes se adhieren a los cuerpos queer.

Y el fatalismo queer como marco describe también *cómo* o *cuándo* se encuentra la felicidad; cómo se intenta dar un enfoque más positivo al situar los elementos queer fuera de la foto; en el esfuerzo por encontrar qué hay de bueno en estas vidas en otro lugar, en sus actos de generosidad, por ejemplo, cuando, como queers, en verdad sabemos que la inmensa generosidad de personas como George Michael es una generosidad queer. Una generosidad queer: afirmar una sexualidad catalogada como perversa, rechazar el rechazo hacia lo queer. Con esa generosidad vienen otras generosidades, otras formas de prestar atención a las luchas, a aquellas que luchan.

Y los fantasmas claman: recordamos cómo otras muertes, la de Stephen Gately, por ejemplo, se explican relacionándolas con la sexualidad, con “modos de vida peligrosos”; cuán rápida y equivocadamente lo queer es considerado una sentencia de muerte.

A otras personas se les permite morir sin que sus muertes se expliquen como consecuencia de ser quienes son, o como consecuencia de lo que se negaron a no ser. Incluso la muerte se puede convertir en un privilegio. Un accidente tal vez, incluso mala suerte, algo desafortunado; triste, por supuesto, terriblemente triste: pero no destinado, no destinado, no odiado.

La homofobia suele estar al acecho cuando una vida queer parece que va bien. La homofobia suele estar al acecho cuando una vida queer parece ir bien, cuando alguien tiene éxito, da la impresión de ser feliz, aunque, en ese potencial para la violencia, hay siempre un estallido rozando la superficie; ese chasquido de desaprobación, ese hondo suspiro que expresa el deseo de que se rebaje el tono o que sea menos obvio. Al estar ya ahí, la homofobia aparece rápidamente cuando las cosas dejan de funcionar, en momentos de pérdida, cuando se pierde una vida, en momentos de fractura, de trauma. La homofobia aparece como *una explicación de lo que no está funcionando*.

Homofobia: sí tiene consecuencias fatales.

La fatalidad que resulta de la homofobia se convierte en una causa. Homofobia: cuando se da por sentado que tú causaste esa consecuencia.

¿De qué estamos hablando?

Estamos hablando de la vida y la muerte.

También estamos hablando de la felicidad y la infelicidad.

La tristeza de una vida puede entenderse como una inversión social; vivir de una cierta forma, una forma queer, por ejemplo, significa convertirse en la causa de tu propia infelicidad. He analizado cómo esta figura de “la queer infeliz” circula en mi obra. Se puede decir que la niña queer es un objeto infeliz para muchas familias. En algunas reacciones familiares a la salida del armario, esta infelicidad se expresa no tanto como el ser infeliz porque la niña sea queer, sino el ser *infeliz porque la niña sea infeliz*. En el clásico libro sobre la liberación gay y lesbica *No Turning Back*, una de las reacciones familiares típicas a la salida del armario de la niña es: “yo solo quiero que seas feliz, querida, y es una vida tan infeliz” (Goodman et al., 1983: 17). La ficción queer está llena de actos de habla en los que los padres expresan su miedo de que la niña queer esté destinada a tener una vida infeliz. He aprendido mucho del siguiente diálogo de la novela lesbica *Annie on My Mind* (1982) de Nancy Garden:

“Lisa”, dijo mi padre, “te dije que te apoyaría y lo haré. Y veo que ahora mismo estás demasiado enfadada como para seguir hablando de esto durante más rato, así que en un minuto o dos os voy a llevar a comer fuera a tu madre y a ti. Pero cielo, sé que no está de moda decir esto, pero —bueno, tal vez es que os quiero tanto a tu madre y a ti y a Chad, tanto, que te tengo que decir que nunca he creído que la gente gay pueda ser feliz— en primer lugar sin hijos, sin vida familiar real. Cielo, probablemente serás una gran arquitecta, pero quiero que seas feliz en otros aspectos también, como lo es tu madre, tener un marido e hijos. Sé que puedes tener ambas cosas...” *Soy feliz*, traté de decirle con mis ojos. *Soy feliz con Annie; ella y mi trabajo son todo lo que necesito; ella también es feliz, ambas lo éramos hasta que esto ha sucedido.* (191)

Se trata de un acto de habla poderoso. El progenitor establece una identificación con un futuro imaginado de infelicidad necesaria e inevitable. Semejante identificación a través del luto por lo que la niña va a perder nos recuerda que una vida queer está construida de antemano como una vida infeliz, como una vida sin las “cosas” que generan felicidad, o como una vida deprimida porque le faltan ciertas cosas: “un marido, hijos”. Amar aquí significa querer que la niña no renuncie a estas cosas; querer que la niña sea feliz al no renunciar a estas cosas.

La hija solo puede hablar con los ojos; estos intentan explicar una historia alternativa sobre la felicidad e infelicidad. En su respuesta, ella asegura ser feliz, obviamente. Ella es feliz “con Annie”, lo que significa que ella es feliz con *esta* relación y con *esta* vida a la que la compromete. La fuerza de la respuesta no verbalizada está contenida en el uso de la palabra “hasta”: éramos felices “hasta” que esto pasó,

donde el “hasta” marca el momento en el que el padre expresa su desaprobación. La queer infeliz es aquí la queer “considerada” infeliz: juzgarla infeliz genera infelicidad, en la misma *performance* del fracaso de reconocer la viabilidad social de las relaciones queer, en el fracaso a la hora de reconocer el amor queer. *El acto del habla del padre crea la infelicidad que se considera consecuencia inevitable de la decisión de la hija.*

Cuando “esto” sucede, la infelicidad sigue irremediablemente.

La lucha social dentro de las familias conlleva una lucha sobre las causas de la infelicidad. El padre es infeliz ya que piensa que la hija siempre será infeliz si es queer. La hija es infeliz ya que el padre es infeliz porque ella es queer. El padre corrobora la infelicidad de la hija como un signo de la verdad de su postura: que es infeliz porque es queer. Incluso la persona queer feliz se convierte en infeliz llegada a este punto. Y claramente la familia sólo puede mantenerse como un objeto feliz, como aquello que se espera que genere felicidad, cuando convierte la infelicidad de la niña queer en su argumento principal.

Hay, por supuesto, buenas razones para explicar historias sobre la felicidad queer, en respuesta y como reacción a la sospecha misma de que una vida queer es necesaria e inevitablemente una vida infeliz. Pero piensa en cómo, al encontrarnos con el peso social del fatalismo queer, nos encontramos con nuevas presiones. Piensa en el trabajo necesario para contraargumentar la percepción de tu vida como vida infeliz: la misma insistencia en ser feliz para demostrar que no eres infeliz puede crear infelicidad. Y sabes que si hay una ruptura puede cumplir la expectativa de que las relaciones queer son menos duraderas, menos seguras; frágiles. Esto es a lo que me refiero con fatalismo queer; queer no solo como destrucción sino como autodestrucción. Y, después, si las cosas se hacen añicos —que es lo que tienden a hacer las cosas—, has cumplido la expectativa de que “esto” es a lo que ser queer te llevaba. Como si al abandonar la seguridad del camino bien iluminado te buscaras la ruina.

Se considera que algunas relaciones están inherentemente rotas, como si su destino fuera la ruptura, como si la ruptura fuera a lo que estábamos abocadas desde el inicio.

Y después: se considera que cualquier atisbo de felicidad que hayas encontrado por el camino lo has encontrado pese a ti misma. Cuando la pierdes, hay un asentimiento, una confirmación.

Ves, no podía durar, no van a durar.

Es complicado hacer que las cosas duren cuando se considera que si las cosas no duran es por lo que tú eres.

Pienso en la película *El último suspiro*. Es una película temperamental, triste y complicada que se precipita hacia un final aparentemente trágico e inevitable que nadie ni nada parece poder cambiar; el nexo entre los destinos queer y la “fatalidad” parece ser, en parte, el tema de la película. Es una película sobre dos chicas, Tori y Paulie, que se enamoran, pero Tori no puede soportar la idea de seguir con ese amor puesto que significaría renunciar a la posibilidad de ser la causa de la felicidad de su familia; significaría no vivir la vida que su madre deseó para ella. Y la chica que Tori ama, Paulie, no puede soportar perder su amor. Lo que no puedes soportar es, a veces, fatal.

Algunas críticas sugirieron que esta película estaba anticuada. Una crítica describe la película como “estancada en el tiempo”. Esta descripción implica que, en la actualidad, la gente queer puede salir del armario, ser aceptada y ser feliz. Aquellas de nosotras comprometidas con una vida queer sabemos que las formas de reconocimiento son, o bien precariamente provisionales, esto es, tienes que ser un tipo correcto de queer que deposita su esperanza de felicidad en los lugares correctos —incluso teniendo deseos perversos puedes tener aspiraciones *rectas*—, o bien simplemente nunca se da. No solo no se da el reconocimiento, sino que a menudo no se da en situaciones que son imperceptibles para las personas que no necesitan ese reconocimiento. Esto ayuda a mantener la ilusión de que en verdad sí se da este reconocimiento, lo que significa que, si tú dices que no se te ha dado, se te considera una paranoica.

Tenemos que permanecer infelices ante este mundo.

Es un manifiesto aguafiestas.

Y ¡cómo lloramos las pérdidas!; cada vez que perdemos a una persona luchadora, ¡cómo la lloramos! Luto queer: cuando lloramos la pérdida de nuestras queers, nuestras amantes, nuestras guerreras; nos sostenemos las unas a las otras por aquello a lo que no renunciamos. José Esteban Muñoz escribió elocuente y honradamente sobre este proyecto queer, “llevamos nuestras muertas con nosotras en las diferentes batallas que tenemos que librar con los nombres” (1999: 74). ¡Cómo lloramos tu ausencia, cómo te mantenemos entre nosotras! Muñoz cita la relevante obra de Douglas Crimp (1989) sobre luto y militancia. Esta “y” es una promesa. Podría hasta convertirse en un *como*: luto *como* militancia. No tenemos que renunciar a nuestro luto para poder presentar batalla. De hecho, luchamos porque no hemos renunciado a quien hemos perdido.

Nos organizamos porque agonizamos.

Lloramos nuestras pérdidas como pérdidas queer. Judith Butler (2004) nos ha proporcionado un vocabulario potente para pensar cómo la política trabaja a través de la división entre vidas que merecen ser lloradas y vidas que no merecen ser lloradas. No se llora las pérdidas queer como pérdidas públicas; mucho activismo queer ha tratado sobre llorar a las no lloradas.

¿Es nuestra tarea convertirnos en sujetos que merecen ser llorados? No lo creo. Para convertirnos en seres “llorables”, para desplazarlos del no ser “llorable” al ser “llorable”, las personas queer tal vez tengamos que convertirnos en menos queer; probablemente, los signos de lo queer se tendrán que eliminar antes de poder compartir públicamente una pérdida. Cuando lo queer tiene que desaparecer con el objetivo de cumplir con la corrección en un momento de luto, por ejemplo, en medio de un luto familiar, experimentamos más luto queer. Hay mucho por decir sobre cómo podemos contraargumentar la petición de limpiarnos, de convertirnos en seres más respetables, lo cual a menudo se presenta como señal de amabilidad, preocupación y cuidado por nuestra parte, pero al mismo tiempo ¿qué complicado es contraargumentar esa petición en los momentos en los que estamos abandonadas! Es complicado que te dejen de lado, que no se te permita entrar, cuando lo único que quieres hacer es llorar. Hacemos concesiones, nos conformamos; hacemos todo lo que podemos. Podemos incluso abandonar los indicios de lo queer, o al menos intentarlo, para que se nos permita quedarnos.

Piensa esto también: de qué modo, por ser queer, podemos ser lloradas como si, al vivir nuestras vidas de la manera en que las vivimos, fuéramos aquellas que han perdido algo, la felicidad, el sentido; un propósito, una razón, un futuro. La injusticia se deriva aquí no de que no se lllore nuestra pérdida, sino de convertirnos en personas por las que se llora precisamente porque se da por supuesto que estamos perdidas.

Luto queer: cuando nos negamos a ponernos de luto por ser queer.

Nuestro luto no es el final de la historia: es parte de una historia. No somos infelices porque seamos queer, somos infelices a causa de un mundo que considera que ser queer es ser infeliz.

La infelicidad se sigue de creer que la infelicidad se sigue.

Y contamos otras historias, más felices incluso. Es verdad que algunas versiones de la felicidad queer son versiones más bien desalentadoras de lo que podríamos denominar homonormatividad feliz: versiones en las que la gente queer halla la felicidad por una proximidad creciente a las normas que habían originado su exclusión: al casarse, al reproducirse, al convertirse en buenas ciudadanas; al ascender, al mudarse.

Blanquitud feliz, heterosexualidad feliz, una familia brillante y resplandeciente; mira cómo se reúnen.

Nosotras no nos reunimos; esta felicidad puede ser fatal.

Felicidad queer como una forma de crear mundos: no intentamos serle fiel a lo que es fatal. La felicidad queer puede ser la oportunidad que se abre cuando nos desviamos del camino recto. Podemos construir mundos al no renunciar a lo que queremos; mostramos los costes de aquello a lo que un mundo quiere que renunciemos. Pienso, en relación con una película como *Stud Life*, dirigida por la siempre inspiradora Campbell X, en cómo la felicidad queer puede ser un tipo de militancia y la desviación una forma de abrir espacio para existir; una película que no nos emblanquece o nos heterosexualiza, sino que nos muestra el lío, el desorden, el embrollo de la existencia queer. El activismo queer negro y de color se articula en torno a la destrucción no únicamente del mito de la infelicidad queer —según el cual echamos de menos aquello que rechazamos— sino también del mito de que la felicidad queer proviene de una proximidad creciente tanto a la blanquitud como a la cultura hetero.

Romper: a eso nos dedicamos.

Cuando se nos considera destrozadas, podemos destrozarnos.

Este blog está escrito desde el amor y el cariño para todas nuestras bellas y frágiles queers.

Este blog está dedicado a George Michael.

Gracias.

Traducción de MAYTE CANTERO SÁNCHEZ

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Butler, Judith (2004), *Prekarious Life: The Powers of Mourning and Violence*, Londres, Verso.
- Crimp, Douglas (1989), “Mourning and Militancy”, *October*, 51.
- Garden, Nancy (1982), *Annie on My Mind*, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux.

Goodman, Gerre, George Lakey, Judy Lashof y Erika Thorne (1983), *No Turning Back: Lesbian and Gay Liberation for the '80s*, Filadelfia, New Society Publishers.

Love, Heather (2007), *Feeling Backward: The Politics of Loss in Queer History*, Cambridge, Harvard UP.

Muñoz, José Esteban (1999), *Disidentifications; Queers of Color and the Performance of Politics*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

